

Una conferencia en la Sorbona

París, 1906.

Defiriendo á una invitación del profesor Jorge Dumas, presidente de la Sociedad de Psicología de París, el viernes 6 de Julio, un médico argentino tuvo la honra de disertar en el anfiteatro Michelet, en la Sorbona, ante los más distinguidos neurologistas y psicólogos de París. El hecho, bastante significativo como índice de la estima que por la ciencia argentina comienza á tenerse en el viejo mundo, merecería comentarios que preferimos no hacer.

El tema de esa disertación médica puede interesar á profanos y profesionales; lo resumiremos suprimiendo las consideraciones técnicas y limitándonos á referir algunos hechos singulares; más parecen fruto de fantasía abundosa que tristes consecuencias de la enajenación mental.

La imaginación poética, en esto como en otras cosas, ha sido precursora de la ciencia. El monumento magnífico que nos legó Ovidio en sus *Metamorfosis* será, en todo tiempo, la fuente más copiosa de invenciones respecto de la transformación de los hombres en animales ó en seres inanimados. Quien guste de frecuentar á los clásicos latinos,

recordará las sorprendentes aventuras mitológicas que dieron por resultado la metamorfosis de Lycaón en lobo, de Dafnis en laurel, de Yo en ternera, de Siringa en rosal, de Pilomena en ruiseñor, de Calixto en osa, de Acteón en ciervo, de Marsias en río, de Narciso en flor.

La lectura del propio Ovidio ofrece á los alienistas la clave del vocablo licantropía con que suelen designar la transformación del hombre en lobo, y por extensión, en cualquier animal. En su libro primero cuenta que Júpiter, alarmado por los crímenes de los mortales, reunió á los dioses en el Empíreo, á fin de resolver sobre los castigos á que los hombres se hacían acreedores. Para mostrar á sus colegas en divinidad los excesos de la perversión terrenal, narró la infamia y el castigo de Lycaón. Deseando ver de cerca las felonías humanas, Júpiter descendió del Olimpo, ocultando su divinidad bajo humildes formas. Franqueó el Ménalo, espantoso refugio de fieras, después el Cíleno y por fin el fresco Liceo coronado de pinos. Caía el crepúsculo cuando penetró en el palacio inhospitalario del rey de Arcadia. El pueblo rindióle homenajes, pero de éstos burlóse Lycaón. A fin de probar si era dios ó mortal, durante la noche, mientras Júpiter dormía, se preparó á asesinarlo; mientras tanto, para no perder tiempo, degolló á un emisario de los molosos, hizo hervir un parte de sus miembros palpitantes y asó la otra sobre un brasero. En cuanto hubo servido ese abominable desayuno, el rayo del dios derribó su palacio y sus penates.

Lycaón huyó espantado; en el silencio de las campiñas lanzó sus aullidos y en vano intentó hablar. Llevado por su ira y su ansiedad carnívora, diezmó los rebaños, gustando de embriagarse

en sangre. Sus vestidos se trocaron en pelos hirsutos y sus brazos en piernas. Metamorfoseado en lobo, conservó vestigios de su forma primitiva: el mismo color de pelo, la misma violencia de líneas fisionómicas, el mismo relampagueo vivaz de la mirada, la misma expresión de ferocidad insaciable.

* * *

Los alienistas pueden, pues, remontar al discípulo de Propercio la paternidad de la palabra licantropía, con que designan ciertos hechos clínicos harto extraños.

Esa concepción poética de las metamorfosis, repetida por otros artistas, arraiga en creencias universalmente difundidas entre los pueblos primitivos. Cualquier folklorista podrá contar cien leyendas de personajes malignos transformados en fieras errantes que vagan por los bosques y los caminos acechando al viajero apacible. La Edad Media, con su enfermizo recrudescimiento de misticismo, creó centenares de leyendas análogas. La ingenua población rural suele creer en ellas todavía; cualquier abuela de Bretaña, Galicia ó Calabria, sabe contar diez historias de esa índole para asustar á sus nietos traviesos.

Esas mismas leyendas suelen ser explotadas por los pícaros contra los tontos, motivando episodios de resonancia puramente policial. El hombre-chancho, el hombre-perro, el hombre-burro, la viuda, etc., son nuestros conocidos de la infancia; los suburbios de Buenos Aires conocieron á esos falsos licántropos, que de ordinario acabaron sus días en un calabozo ó por el castigo de una bala certera.

Tales creencias absurdas tienen, sin embargo, un reflejo inconsciente en el espíritu humano. Por eso, cuando la enfermedad desorganiza los sentimientos y las ideas del hombre, aquéllas salen á flote é invaden la conciencia, creando ese trastorno mental que constituye el delirio de licantropía y los demás delirios de metamorfosis.

El médico argentino no se ocupó de esas cuestiones, más interesantes para el arte y la etnografía que para la medicina mental. Trató, simplemente, de fijar el sitio que corresponde al delirio de metamorfosis en la psicología clínica, señaló sus diversas formas y analizó el mecanismo psicológico de su constitución en el espíritu de algunos alienados.

* * *

¿Puede un hombre dudar de que es él mismo? ¿Puede suponer que se ha cambiado en otro? ¿Puede creer que es un animal ó una planta?

Suele llamarse delirio á cualquier estado de confusión é incoordinación de la actividad mental, generalmente acompañado de inconsciencia ó subconsciencia, sin que exista un núcleo de ideas que prevalezcan de una manera constante sobre las demás: en este sentido se habla del delirio que acompaña á la fiebre ó á la embriaguez. Pero los psiquiatras tienden á dar al vocable una acepción más restringida. Llamam delirios á ciertos sistemas más ó menos complejos de ideas falsas que se refieren al yo en sus relaciones con el medio; los ejemplos más notorios son el delirio de las grandezas y el delirio de las persecuciones. El carácter del delirio no depende tanto de lo erróneo de las ideas en sí mismas como de su contraste con la personalidad anterior del sujeto ó con las relacio-

nes reales entre éste y su medio. Las ideas de exaltación personal, que nos parecen normales en Roosevelt, Hugo ó Wágner, serían delirios en un barrendero, un payador de club electoral ó un tocador de organillo callejero.

Algunos delirios afectan las relaciones entre el yo y las condiciones del medio social en que el sujeto vive; otros afectan la conciencia de la personalidad, del yo, independientemente de esas relaciones. El delirio de la metamorfosis pertenece á estos últimos.

Esos cambios de la personalidad pueden afectar el sentimiento ó la idea de sí mismo.

El sentimiento puede estar elevado; se forman ideas secundarias fundadas sobre una falsa conciencia del propio vigor, de capacidad, de actividad ó de aumento de energía; los médicos llaman á eso «euforia» y alguien, más atrevidamente, lo llamó «delirio de salud». Puede estar disminuído y acompañarse de ideas de incapacidad, pereza ó debilidad, produciendo un empequeñecimiento y decadencia del yo. Puede, por fin, estar alterado; entonces hay sensación de fastidio, malestar ó modificación indefinible del organismo, una de cuyas formas vulgares es la nosomanía ó «manía de enfermedad».

El delirio de metamorfosis no consiste, sin embargo, en un trastorno del sentimiento de la personalidad; se refiere á la representación del yo, al conocimiento de sí mismo. Las perturbaciones de ese conocimiento pueden ser totales ó parciales.

En el primer caso fórmase un nuevo concepto de la personalidad. Con relación al estado anterior del sujeto pueden ocurrir tres fenómenos distintos: 1.º El nuevo yo reemplaza al antiguo y el sujeto se cree transformado en otra persona; en nuestro

Hospicio hay un sastre que se ha vuelto emperador y un pelapapas que se considera duque de Orleans y de Angulema. 2.º El nuevo yo se altera por temporadas con el antiguo, produciendo diferencias periódicas en la inteligencia y en el carácter del sujeto; una histérica solía creerse niña durante ocho días por mes, procediendo como si realmente lo fuera. 3.º Los dos yo coexisten, teniendo el sujeto dos ó más personalidades discordantes ó contradictorias al mismo tiempo; así ocurre en muchos casos de locura de la duda, en que el sujeto siente que un yo quiere una cosa y el otro quiere la contraria, viviendo en pena como el asno de Buridán.

En el segundo caso los trastornos del conocimiento de sí mismo son parciales. En algunos enfermos se modifica la conciencia de la unidad é integridad del yo físico; el sujeto cree que le han cambiado el hígado, que su corazón se ha petrificado, que en su cuerpo se alojan animales raros ó seres sobrenaturales. Otras veces el sujeto, sin perder la noción de su propia identidad, cree haber sufrido algún cambio importante respecto de la especie, el sexo, la composición ó el volumen de su cuerpo; un alienado se cree convertido en animal ó en árbol, otro cree que se ha vuelto mujer, alguno certifica que su cuerpo es de vidrio y no se mueve por temor de quebrarse, y por fin, los hay que creen tan agrandados su cuerpo, que se desnudan temiendo ser ahogados por la estrechez del traje.

Estos últimos casos corresponden al delirio de metamorfosis. El sujeto cree que sigue siendo el mismo, pero supone que se ha transformado como si pesara sobre él una venganza de dioses paganos.

Esa forma de locura no es nueva. En todo tiempo hubo desgraciados que se creyeron convertidos en animales. En la Edad Media el hecho era frecuente, revistiendo algunas veces todos los caracteres de verdaderas epidemias psíquicas. La sugestión, actuando sobre espíritus predisuestos, explica el fenómeno.

Los desequilibrados y débiles mentales tienen un cerebro que funciona mal y se dejan influenciar por el desequilibrio ajeno. Cada época y cada ambiente están preparados para determinadas sugestiónes, que sirven de levadura para la fermentación de tal ó cual fanatismo; las crisis religiosas, las sectas políticas y sociales, el espiritismo, el ejército de salvación, el vegetarianismo, son castillos de quimera elaborados por cerebros incapaces de espíritu científico, sobre alguna idea que flota en el ambiente y que suele contener cierta partícula de verdad. El estado mental de los sectarios es uniforme; sólo cambia la dirección del viento que los arrastra y las formas exteriores de la fe sectaria. Tanto significa el crucifijo en manos de Juana de Arco como el puñal en las de Carlota Corday y la bomba explosiva en las de Luisa Michel.

En la Edad Media, durante una crisis de fanatismo religioso que llenaba los espíritus de preocupaciones diabólicas, floreció la licantropía junto con la magia, la posesión, el sucubismo, etc. El doctor Ramos Mejía, entre otros, se ha ocupado de estos fenómenos y de su rol en la historia.

Ahora la licantropía es menos frecuente; sin embargo, no es excepcional, especialmente en los histéricos. El conferenciante lo aseguró así: en las clínicas de enfermedades nerviosas y mentales de Buenos Aires, Italia, Francia, Alemania, Londres

y Viena, ha podido observar treinta y cuatro casos de delirio de metamorfosis, entre los cuales figuran veintidós de licantropía propiamente dicha.

Algunos de los casos referidos en la Sorbona son curiosos; si no mediara la circunstancia de ese gran dolor humano que es la locura, diríamos que son divertidos.

*
* *

Narró de una histérica, hermosa joven prusiana que vió en la clínica del profesor Ziehen, en Berlín, que por su carácter irreductible haciase acreedora á severos tratamientos de parte de su familia. La idea de que «la trataban como á perro» invadió poco á poco su cerebro inestable; bastaron pocas semanas para que llegara á esta conclusión: «Me tratan así, luego soy un perro.» En breve tiempo adaptó su conducta á esa idea; vivía tirada en un rincón, andaba en cuatro pies, comía directamente en el plato sin usar de las manos, rehuía toda indicación higiénica, y cuando le hablaban contestaba ladrando. Fué menester recluirla; gracias al aislamiento y á sugestiónes hábilmente efectuadas, curó de su delirio, volviendo á creerse mujer en vez de perro.

Parecido al anterior es el caso de una joven argentina, histérica también. Su salud endeble inducía á su familia á prestarle toda clase de cuidados y atenciones, á punto de cohibir su libertad personal. La enferma comenzó á preocuparse de esa tutela; razonando acerca de su situación, infirió que la trataban así porque se había transformado en una niñita, constituyéndose en su espíritu entidades silogísticas particulares. En torno de éstas se asociaron otras ideas semejantes, hasta constituir

el síndrome complejo que los mentalistas llaman «delirio de infantilismo».

En los casos mencionados el delirio de metamorfosis es inicial. Otras veces sobreviene como complicación ó transformación de otro delirio preexistente. Un individuo con ideas de persecución llega á inferir que se le persigue á causa de su temibilidad y se le ocurre que se está transformando en una fiera. Cada uno de sus semejantes le parece un cazador; basta un año para que el delirio de metamorfosis reemplace al delirio de las persecuciones. Este caso, observado en el Asilo de Santa Ana, en París, es sumamente raro, aun para los especialistas. Existe una clase de perseguidos que suelen transformarse en megalómanos, para caer después en un estado de demencia final; en este enfermo la licantropía reemplaza al delirio de las grandezas, pues la situación de fiera temible equivale para el enfermo á la de genio, emperador ó profeta.

En esas observaciones la transformación de la personalidad es el producto de una lógica enfermedad; las tres metamorfosis son de origen razonante y pertenecen al grupo de los delirios por inferencia.

* * *

Otras veces el falso raciocinio es secundario; el delirio es el resultado de una interpretación errónea de ciertas percepciones inmediatas. La idea delirante nace de ilusiones y alucinaciones que invaden la conciencia, perturban la integración de las imágenes en ideas, descomponen las asociaciones ideativas preexistentes y acaban por constituir un sistema de representaciones que no corresponde á la realidad.

Uno de los casos más típicos es el de un degenerado mental que sufre ilusiones y alucinaciones olfativas, creyendo percibir olores imaginarios y reconocer todas las personas y objetos por su olor. Después de algún tiempo comienza á interpretar esos fenómenos como el producto de su transformación en perro de caza. En ese estado lo vió el conferenciante en el manicomio de Villejuif, donde tiene su laboratorio de psicología experimental el doctor Toulouse; el enfermo pasaba el día ocupado en oler todo lo que estaba á su alcance, ladrando, saltando en cuatro pies y asumiendo actitudes de galgo acechando la presa.

Otro enfermo, cliente forzoso de la Sala de observación de alienados, en Buenos Aires, era también degenerado mental y alcoholista crónico. Sufría alucinaciones del oído y de la sensibilidad orgánica general. Al principio oía voces que le decían que era un burro; el enfermo conservaba la noción de su personalidad primitiva, limitándose á creer que tenía un burro dentro de su cuerpo, alojado en el estómago. Bien pronto las alucinaciones cambiaron de carácter. Las voces ya no eran externas, sino internas: el mismo burro le hablaba desde el estómago. La convicción era completa: cuando el asistente de la clínica, don José Farfán, le ofrecía de comer, el enfermo iniciaba un diálogo con su huésped y tomaba sus resoluciones de acuerdo con él. En un período siguiente el burro le advirtió que no era su huésped, sino él mismo: «Yo soy tú»; esto creaba al enfermo una situación por demás incómoda, pues no sabía á ciencia cierta si era burro ó no lo era. Esa fase de duda no fué larga: alucinaciones de otro orden complicaron su estado y el enfermo creía que su piel se llenaba de pelos, que se le estiraban las orejas, que su voz era

un rebuzno y que estaba á punto de crecerle un oprobioso rabo. Felizmente para él, las alucinaciones duraron pocos días, por ser de origen alcohólico.

En último caso habría podido consolarse leyendo el libro XI de Ovidio, donde se cuenta el castigo que Apolo infligió al rey Midas por haberse mostrado indigno de oír los sonos magníficos que el bello dios arrancaba de su lira.

* *

El conferenciante reunió en un tercer grupo aquellos delirios de metamorfosis que se fundan en simples asociaciones falsas entre ciertas palabras, á las cuales el enfermo suele atribuir una significación especial. Una sola palabra llega á ser el centro de un delirio completo, gracias á la agregación sucesiva de otros vocablos simbólicos, hasta formar una trama, lógicamente absurda, de imágenes verbales que no corresponden á ninguna condición de hecho. Esta forma de locura debiera amonestar á muchos oradores copiosos y á no pocos poetas modernistas, en quienes parece más profundo el culto de las palabras que el de las ideas.

Ocurrió el caso á un desequilibrado. Tenía aficiones poéticas y se clasificaba á sí mismo como vate decadente, según consta en los libros clínicos del manicomio de Roma.

Este joven servía de hazmerreír á sus amigos. Publicó una poesía titulada «El centauro», en la cual hablaba el autor por boca del mitológico animal. Tan mala era, que sus camaradas dieron en llamarle así á él mismo, designación que él aceptó con muestras de visible complacencia. Andando el

tiempo, la palabra centauro adquirió para él extraordinario valor simbólico, relacionándola con una serie de nombres abstractos que se le asociaban por simple consonancia fonética ó, como suele decirse, por la fuerza de la rima. Poco después se operó una metamorfosis de su personalidad, constituyéndose un delirio de zoantropía bien definido. Creía que su cuerpo era mitad humano y mitad equino; en vez de caminar trotaba como un potro brioso, entreverando las palabras como relinchos sonoros y sacudiendo su espalda como si quisiera esparcir al viento su crin imaginaria. No fueron más bruscos los corcovos del centauro Neso cuando en la orilla del Evenio lo mató una flecha de Hércules, indignado por el rapto de su esposa.

* *

En esa forma la ciencia corrobora la vieja intuición del poeta que nos legó las páginas deliciosas de las *Heroidas*, *Los amores* y el *Arte de amar*. Pero los hechos que para el vate latino fueron una gesta de dioses, digna de su insuperable fantasía, para el conferenciante de la Sorbona son simples creencias de cerebros afectados por la locura, susceptibles de ser estudiados con el frío criterio de la clínica y del laboratorio.